

Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Los proyectos de modernización en México: entre desarrollistas y neoliberales te veas

Autor: López-Portillo T., Felicitas

Forma sugerida de citar: López-Portillo, F. (1997). Los proyectos de modernización en México: entre desarrollistas y neoliberales te veas. *Cuadernos Americanos*, 5(65), 185-207.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XI, Núm. 65, (septiembre-octubre de 1997).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LOS PROYECTOS DE MODERNIZACIÓN EN MÉXICO: ENTRE DESARROLLISTAS Y NEOLIBERALES TE VEAS*

Por *Felicitas* LÓPEZ-PORTILLO T.
CCYDEL, UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

LAS MODERNIZACIONES DEL MÉXICO INDEPENDIENTE no han tenido buena fortuna: la reforma liberal de la segunda mitad del siglo pasado devino en la dictadura porfirista y la puesta al día efectuada por los "Científicos" terminó en el vendaval revolucionario. No han tenido mejor suerte las emprendidas bajo el amparo de los gobiernos posrevolucionarios de este siglo: la modernización acometida en la década de los cuarenta produjo una industrialización desintegrada y dependiente, que no podía operar sino bajo la condición de un excesivo proteccionismo, el subsidio estatal y la baja cotización de la mano de obra. Ni qué decir de la implantada a partir de 1982, la que apenas ha dado unos magros resultados en el nivel macroeconómico, mientras que en el micro está todavía lejos de ofrecer algo más que promesas, cuyo cumplimiento se alarga indefinidamente. En todos estos cambios el papel del Estado ha sido central: es el que ha llevado la batuta en la puesta al día de México, en un proceso no exento de tensiones. Desde Valentín Gómez Farías el Estado mexicano "ha querido ser y ha sido laico, emprendedor, procapitalista y centralizador. La sociedad mexicana ha sido, en cambio, mayoritariamente católica, improductiva, regionalista, provinciana, poco inclinada al cambio y la innovación".¹ En la actualidad el Estado ha vuelto a tomar la iniciativa del cambio, pero la sociedad ya maduró y no es aquella bucólica de la "Suave Patria", por lo que reclama cada vez más su papel de protagonista.

* Ponencia presentada en el VIII Congreso de la Federación Internacional de Estudios sobre América Latina y el Caribe (FIEALC), Talca, Chile, enero de 1997.

¹ Héctor Aguilar Camín, *Después del milagro*, México, Cal y Arena, 1989, pp. 24-25.

Las élites modernizadoras han ostentado siempre un envidiable optimismo: quieren nada menos que recuperar la grandeza perdida de la Gran Tenochtitlan y de la orgullosa Nueva España. Claro está que los instrumentos han cambiado con el correr de los tiempos, pero lo que se desea es poner en sintonía el reloj mexicano con el del mundo desarrollado, ya sea Europa o los Estados Unidos. Mas la modernidad nos es esquivo: siempre llegamos tarde, o de plano no llegamos.

En la posguerra la confianza en la grandeza de México irradiaba desde el poder público al resto de los mexicanos. Era sólo cuestión de tiempo, trabajo tesonero y acatamiento a la consigna de la unidad nacional para que lográramos —al fin— acceder a las promesas de la Revolución de 1910: justicia social, soberanía nacional y democratización política, amparado todo ello en la independencia económica. Esta época es la correspondiente al gobierno presidido por el licenciado Miguel Alemán Valdés (1946-1952), quien inauguró el civilismo en nuestro país después de la retahíla de generales que nos deparó la contienda civil. El régimen de los “licenciados” se lanzó a la fáustica tarea de modernizar al país con un proyecto económico que privilegiaba el apoyo al capital y la iniciativa privados, a la vez que enfatizaba el papel rector del Estado con objeto de lograr un desarrollo equilibrado que dejara atrás la miseria y la ignorancia, males seculares de nuestro pueblo.

La candidatura oficial de un abogado egresado de la máxima casa de estudios obedecía a concretas circunstancias históricas. Si el general Manuel Ávila Camacho había sido un candidato de transición entre un gobierno como el cardenista, que cumplió como nunca antes las demandas campesinas y obreras establecidas en la Constitución —a la vez que enarbolaba un discurso de lucha de clases que asustó a la burguesía y a las clases medias mexicanas, así como al poderoso vecino del norte— el primer presidente civil llegaba recién inaugurada la posguerra, suavizadas las contradicciones entre los diversos sectores sociales enfrentados en los años precedentes, gracias a la política de concordia y unidad nacional del avilacamachismo.

En junio de 1945, con motivo de su postulación como candidato a la presidencia de la República por la Confederación de Trabajadores de México (CTM), don Miguel declaró, categórico: “El país entero reclama la industrialización de México”, frase que sintetiza su futura política económica. En la ocasión afirmó que la revolución había hecho posible que se gozara en México de un clima de libertades ciudadanas, pero que debíamos “aprestarnos con fe y con

vigor a la resolución de los problemas económicos sin lo cual, las otras libertades de que gozamos podrían parecer irrisorias”.² Los objetivos prioritarios de su gobierno serían el aumento de la producción de aquellos artículos esenciales para satisfacer las necesidades elementales de la población, especialmente los alimenticios, y el fomento, a cargo del Estado, de las industrias básicas —eléctrica, siderúrgica, mecánica y química— que a su vez eran necesarias para la producción de los bienes de consumo, tarea principal de la iniciativa privada, y para fortalecer la autonomía económica del país. Se cuidó de afirmar que el crecimiento económico que proponía debía tener como valor moral el de ser equitativo; por lo demás, un desarrollo del sector secundario que no redundara en un crecimiento justo para todos frustraría el aumento del mercado interno, condición principal de la industrialización.³

El equipo de trabajo alemanista —en el que figuraban no pocos integrantes de la iniciativa privada— ostentaba un promedio de edad de 42.5 años y un calificativo de técnicos que no consideraban peyorativo, sino una garantía de que los problemas se encararían en forma racional y eficiente, con la aplicación de criterios económicos y no políticos para su solución. Argumentaban que el impulso a la industrialización obedecía a una demanda nacional, ya que era la mejor vía para alcanzar la emancipación económica, como lo demostraba la experiencia histórica de los países desarrollados. Recordemos que una de las premisas de los gobiernos surgidos de la revolución sanciona que sin independencia económica las demás libertades carecen de sentido y sustento, como lo había demostrado el porfirismo.

Pero el camino de la superación económica no era fácil: 70% de la población vivía en el campo, y su bajísimo nivel de vida difícilmente sería el sustento de un exitoso mercado interno; unido a lo

² CTM, *Por la grandeza de México con Miguel Alemán*, México, Impresora S. Turanzas del Valle, 1945, p. 25.

³ Un resumen del programa de gobierno se encuentra en el discurso de toma de posesión del licenciado Miguel Alemán: “El enriquecimiento del país, la lucha contra la pobreza y la abolición de la miseria; el impulso de la salubridad nacional, la elevación del saber y la cultura en todos sus grados; el mantenimiento de las reformas sociales en favor de la clase laborante, las garantías al esfuerzo de toda empresa progresista, el fortalecimiento de las libertades humanas y los derechos políticos y una administración de justicia expedita y honrada”, en *Los presidentes de México ante la nación. 1821-1966*, México, Cámara de Diputados, 1966, tomo IV, p. 358.

anterior estaba la baja productividad por habitante y el alto crecimiento demográfico. El capital era escaso y el poco que había disponible se orientaba hacia actividades altamente redituables y de poco riesgo, como el comercio y los bienes raíces, amén del enorme gasto suntuario de los ricos mexicanos. Se carecía de un sistema de transporte adecuado y de capacitación técnica, tanto entre los trabajadores como en los mismos industriales, quienes mostraban casi total indiferencia hacia el empleo de tecnología adecuada, no digamos a financiar investigaciones destinadas a proporcionar mayor productividad a sus empresas; a lo anterior habría que agregar la inexistencia de control de calidad de las manufacturas. Nuestro país contaba con suficientes recursos naturales, pero éstos se encontraban desaprovechados y no se conocía con precisión la importancia y cuantía de los mismos. La abrupta orografía imposibilitaba la existencia de grandes extensiones cultivables; tampoco contábamos con agua, abundante en el sureste y de escasa presencia en el resto del territorio nacional. En resumen, la economía mexicana, si se atenia a sus producciones naturales, "sería una economía de temporal, condicionada rigurosamente por factores externos y con fluctuaciones constantes".⁴ A lo anterior había que agregar un oneroso sistema mercantil de distribución y la carencia de infraestructura material, a pesar de los esfuerzos de los gobiernos precedentes. Como si esto fuera poco, los servicios prestados por las empresas nacionalizadas, Petróleos Mexicanos (PEMEX) y Ferrocarriles Nacionales de México, dejaban mucho que desear.

El gobierno alemanista dio la batalla por la industrialización. En los foros internacionales se defendió vehementemente el derecho de los pueblos atrasados a mejorar su situación económica, mientras internamente se ponían las bases para una economía que se quería armónica e integrada, sustentada en la política de sustitución de importaciones. El contexto internacional de posguerra no facilitaba esta lucha por la superación económica, sino todo lo contrario. La potencia vencedora de la Segunda Guerra mundial presentaba al libre cambio como la panacea para los males que aquejaban a nuestros países, posición que amenazaba convertirnos para siempre en exportadores de materias primas e importadores de productos manufacturados, en una situación de agudo deterioro de los

⁴ Jesús Reyes Heróles, "La industria de transformación y sus perspectivas", *Problemas Agrícolas e Industriales de México* (México), vol. III, núm. 1 (enero-marzo de 1951), p. 14.

términos de intercambio. En 1942 se firmó un tratado comercial con Estados Unidos, cuya finalidad fue contribuir al esfuerzo bélico de los aliados. La Cámara Nacional de la Industria de Transformación (CNIT) afirmaba que en el mismo se estipuló que, a cambio de la exportación de nuestras materias primas y productos naturales alimenticios a bajos precios, recibiríamos en gran cantidad y a altos precios artículos intermedios y manufacturados; a consecuencia de ello "casi podríamos tener una justificación plena al afirmar que nuestro atraso económico proviene principalmente de un intercambio tan desequilibrado".⁵ El acuerdo comercial fue denunciado en 1950.

Durante la inmediata posguerra las dificultades a las que se enfrentaba la economía mexicana no eran desdeñables: se habían evaporado las divisas acumuladas durante el conflicto bélico, pues el deterioro en los términos de intercambio y la fiebre de importaciones, necesarias o no, agotaron las reservas; no llegaban en las cantidades acostumbradas los dólares enviados al país por los braceros, debido a que el trabajo de éstos ya no era tan necesario para la economía norteamericana de posguerra; emprendieron el vuelo los capitales golondrinos que habían llegado en calidad de refugiados y la industria mexicana tenía que hacer frente a la creciente competencia de la estadounidense, que volvía por sus fueros.

La ayuda norteamericana era necesaria para llevar adelante los ambiciosos planes económicos del régimen, aunque siempre se insistió en que el desarrollo debía lograrse con recursos propios y bajo la conducción de mexicanos. Se requería modernizar el envejecido parque industrial, que había trabajado al máximo de su capacidad durante la pasada contienda, sacar a PEMEX de su postración si de verdad iba a ser el pivote de la independencia económica y lograr el aval para préstamos intergubernamentales en los nuevos organismos multilaterales como el EXIMBANK y el BIRF para construir la proyectada infraestructura, modernizar la agricultura y fomentar el turismo y la industria manufacturera. En resumen, al término de la Segunda Guerra mundial, México necesitaba el beneplácito y la complacencia de Estados Unidos ante su esfuerzo industrializador, pues se trataba del principal cliente, con un porcentaje que oscilaba entre 80 y 85% de nuestro comercio exterior.

Oficialmente se reconocía el hecho de que la mayoría de los productos mexicanos eran malos y caros, pero se confiaba que con

⁵ *El tratado comercial con los Estados Unidos. Opiniones de la Cámara Nacional de la Industria de Transformación, México, Monterrubio, 1947, p. 11.*

el tiempo mejorarían los procesos productivos y los industriales responderían a la responsabilidad de aumentar la productividad de sus empresas y, por ende, la calidad de sus productos. Se argumentaba que el proteccionismo era necesario, pues la industria mexicana no tenía ninguna posibilidad de competir con los productos extranjeros, pero al final este sacrificio quedaría compensado con la creación de una economía equilibrada basada en nuestros propios recursos, dejando atrás la miseria propia de los pueblos que sustentaban su existencia en las actividades agropecuarias —como, por otra parte, lo demostraba la experiencia histórica de México, que tenía en la agricultura su actividad más que centenaria. Pero la protección arancelaria, si se prolongaba demasiado, acabaría por crear industrias de invernadero que lucrarían en un mercado cautivo, situación que de ninguna manera debía permitirse en un país como el nuestro, ya que si se obligaba al consumidor a comprar caro y malo se rebajaba su nivel de vida —de por sí ínfimo— con la consiguiente frustración del objetivo último de la industrialización.

El ambicioso proyecto modernizante del alemanismo estuvo enmarcado en el discurso nacionalista que giraba alrededor de la "mexicanidad". Esta subjetiva expresión significaba "la conciencia de que en nosotros mismos —en nuestro esfuerzo tesonero en el trabajo y en nuestras convicciones morales y espirituales— radica la solución de nuestros problemas".⁶ El gobierno mexicano se adscribió al lado del mundo "occidental y cristiano" en la guerra fría y el discurso oficial se hizo eco de este clima internacional, pero la amenaza comunista no desveló a los gobernantes mexicanos, que se movían con un pragmatismo ideológico digno de mejor causa. Como declaraba el licenciado Alemán, durante su mandato "se combatirá al comunismo en el país con hechos, no con palabras".⁷

En la década de los cuarenta se afirmaron los rasgos característicos del sistema político mexicano que dieron lugar a la edad de oro del "desarrollo estabilizador": presidencialismo civil, partido oficial, fomento y control institucional de las organizaciones populares, amplia intervención del Estado en la promoción de la economía, la cultura y la organización de la sociedad.⁸ El Partido Nacional Revolucionario (PNR), que fue un partido de partidos, se con-

⁶ "Discurso de toma de posesión de Miguel Alemán", en *Los presidentes de México ante la nación*, p. 355.

⁷ *Excélsior*, 22-III-1949.

⁸ Francisco José Paoli, *Estado y sociedad en México. 1917-1984*, México, Océano, 1985, p. 43.

virtió en partido de sectores con el Partido de la Revolución Mexicana y, en enero de 1946, su nieto era nombrado Partido Revolucionario Institucional para adecuarlo a los nuevos tiempos. Con el alemanismo se dio la puntilla a la izquierda oficial, se controló el movimiento obrero mediante el "charrismo" y se otorgaron concesiones al liderazgo sectorial del PRI como premio a la domesticación y encuadramiento corporativo de obreros y campesinos. El partido oficial quedó como instancia de organización electoral, como proveedor y reclutador de cuadros, como mediador entre la sociedad y el Estado, y como instrumento de cooptación de la oposición; igualmente, se consolidó la preeminencia del poder ejecutivo en el sistema político, el cual había vivido su primer momento estelar cuando Plutarco Elías Calles fue expulsado por don Lázaro.

La dinámica gestión del alemanismo desató una polémica sobre los límites de la intervención estatal en la economía y las auténticas metas de la revolución. Los defensores oficiales y oficiosos de la industrialización argumentaban que era necesaria para elevar las condiciones materiales y espirituales de vida del pueblo, meta de la revolución, cuyo principal ideal había sido resolver la difícil ecuación entre libertad y justicia social, objetivos perseguidos por el pueblo mexicano desde la gesta emancipadora de 1810. Los liberales de la Reforma habían refrendado de nuevo estos ideales ante la reacción de dentro y de fuera, pero su proyecto nacional desembocó en una dictadura que, a costa de la libertad, promovió un importante crecimiento económico, enajenado en gran parte a intereses extranjeros, y cuyos beneficios disfrutó una minoría de la población. La Revolución de 1910 fue otra vez la lucha popular contra los privilegios y en pos de un sistema social justo y respetuoso de las libertades políticas y las garantías individuales. El pueblo mexicano volvió a luchar en esta ocasión por la independencia política y económica, libre de injerencias y tutelas extranjeras, y por la abolición de las esclavizantes condiciones de ignorancia y miseria propias de los pueblos coloniales. Así, bajo el manto del "constitucionalismo social", como lo llamó Jesús Reyes Heróles, cuya principal premisa era la supeditación de la propiedad privada al interés público, la Constitución de 1917 convirtió al Estado mexicano "en protector de las clases económicamente débiles, revisando y superando una de las partes del liberalismo".⁹

⁹ Jesús Reyes Heróles, *La historia y la acción. (La revolución y el desarrollo político de México)*, Madrid, Seminarios y ediciones, 1972, p. 193.

Si bien es cierto que durante el sexenio presidido por el licenciado Alemán aumentó la producción en todos los órdenes, sobre todo en el sector secundario, no se dio el correlato de una mayor justicia social, objetivo perseguido con el incremento de la actividad económica.¹⁰ La tesis oficial señalaba que primero había que crear más riqueza para después repartirla, pues si se distribuía la existente se repartiría pobreza. Se insistía en que los frutos del esfuerzo emprendido en pos de la superación económica de México se verían más adelante, cuando las inversiones en la infraestructura y las industrias básicas rindieran cabalmente su cometido. Sin embargo, a finales del sexenio había preocupación porque los beneficios del crecimiento económico no se habían repartido equitativamente, pues la constante habían sido las grandes utilidades y la merma del factor trabajo en el ingreso nacional.¹¹ Como reconocía el poderoso secretario de Hacienda y Crédito Público, Ramón Beteta, "el aumento de la producción económica no es, por sí misma, garantía de justicia social... no es sólo necesario que haya más, sino también que se reparta mejor". A través de las obras públicas se buscó romper con el círculo vicioso que entrañaba la poca capacidad adquisitiva del pueblo, situación que a su vez limitaba la expansión industrial y agrícola. Las obras públicas

al incrementar nuestros bienes de capital, nuestro equipo agrícola e industrial, están aumentando la riqueza nacional y permiten que se eleve la productividad, y ésta, a su vez, hace posible el aumento del consumo, el cual, finalmente, da al pueblo mayor capacidad de ahorro y, en consecuencia, de futuras producciones.¹²

El sector privado mexicano criticó el desbordado optimismo con que se veía, desde las esferas oficiales, el futuro de México; no se le

¹⁰ En 1952 la población urbana alcanzaba un porcentaje de 31% de la población total, que comprendía 27.8 millones de personas. El crecimiento del PIB tuvo un promedio anual de 5.7% entre 1947 y 1952, superior a la tasa de crecimiento demográfico, que fue de 3.3%; Blanca Torres, *Historia de la Revolución Mexicana. 1940-1952. Hacia la utopía industrial*, vol. 21, México, El Colegio de México, 1984, pp. 48 y 52.

¹¹ A pesar de todo, la investigadora Blanca Torres señala que la participación del capital en el ingreso nacional durante este periodo se redujo de 60.8% a 58.1%, y la del trabajo y otros ingresos pasó de 39.2% a 41.9%, *ibid.*, p. 54.

¹² Ramón Beteta, *La realidad económica mexicana*, México, México Nuevo, sf, pp. 22 y 23. Discurso pronunciado en la XVIII Convención Nacional Bancaria, de abril de 1952.

ocultaron los obstáculos que se presentaban en la marcha ascendente del país. Con todo, es necesario recalcar que no se dio marcha atrás y que se trabajó por superar los problemas a los que se enfrentaba la industrialización, hecho que no debe minimizarse. La burguesía mexicana, en apoyo a esta tarea, pedía el oro y el moro, y si bien su posición se fortaleció con el accionar del sexenio alemanista, también es cierto que tuvo que hacer frente a la impunidad y corrupción de los agentes públicos, sufrir la utilización del movimiento obrero con fines predominantemente políticos con la consecuente merma de la productividad, y hacer frente a un Estado fuerte y centralizado que no tenía a su vez la contención de un poder semejante o equivalente.

El enorme impulso otorgado al crecimiento económico se contemplaba como un requerimiento histórico; prueba de ello es la siguiente declaración del licenciado Alemán: "Mi régimen no podía dejar de realizar lo que ha realizado. Le correspondía, como una inevitable imposición histórica. Estamos en el momento culminante de nuestro progreso. O mejor aún: en el momento supremo de nuestro impulso, que ya no puede detenerse".¹³ La irreductible realidad no lo desanimaba, pues veinte años más tarde, en 1970, respondió a una pregunta sobre el futuro del país con el señalamiento de que los dirigentes políticos mexicanos no querían "llegar a un Estado capitalista: queremos que la producción sea también para el mayor beneficio de las capas sociales de menores recursos".¹⁴

El proyecto de desarrollo implantado en los años cuarenta de este siglo, basado en la sustitución de importaciones, fue un éxito durante las cuatro décadas siguientes al grado de que se le calificó de "milagro mexicano"— cuando se creció a una tasa anual promedio de 6% al amparo de la promoción y rectoría estatales. Sus límites se sufrieron con crudeza en 1982, cuando hizo crisis el problema del endeudamiento externo que financió el crecimiento a partir sobre todo de la década del setenta. La burguesía industrial tan amorosamente cobijada por el Estado no exportó sus productos manufacturados, importó en gran cantidad maquinaria e insumos y el nivel de vida de los trabajadores, salvo excepciones, siguió siendo bajo. Las clases medias se ampliaron y consolidaron durante este periodo, beneficiadas por los cuantiosos recursos orientados

¹³ Miguel Alemán. *Biografía de su obra. 1946-1952*, México, Oficina de Prensa de la Presidencia de la República, 1952, pp. 11-12.

¹⁴ Miguel Alemán *contesta*, Austin, University of Texas Press, 1975, p. 32.

a la educación y al crecimiento de la burocracia, mientras que los pequeños y medianos empresarios sobrevivían con mayor o menor fortuna. Este modelo de desarrollo, que devino en concentrador y excluyente de la riqueza, incumplió sus promesas: no se logró la verdadera independencia económica y la desigualdad sigue siendo el principal problema de nuestra sociedad. Pero sí hizo posible un importantísimo cambio estructural en la vida histórica mexicana: el paso de la sociedad rural a la urbana, con todo lo que ello implica.

A partir de la presidencia de Miguel de la Madrid Hurtado (1982-1988), se han efectuado rectificaciones al antiguo proyecto de desarrollo, que no se solucionó el talón de Aquiles de la economía mexicana: el deterioro de la balanza de pagos. Para hacer frente a los saldos negativos dejados por el régimen de José López Portillo —“el último gobierno de la Revolución Mexicana”, según sus propias palabras (el cual cayó en los mismos vicios de los países petroleros que expresamente se aseguró iban a evitarse)— el gobierno de De la Madrid implantó una política ortodoxa que se proponía tapar los huecos dejados por el *boom* petrolero: inflación galopante, alto déficit público, especulación monetaria, recesión productiva, virtual moratoria en el pago de la deuda externa, aumento de las importaciones con el consiguiente déficit en la balanza comercial, dolarización de la economía, fugas de capital; lo anterior junto a una demoleadora crítica al Estado obeso e ineficiente, cuyos despilfarros contravenían los nuevos mitos de eficiencia y productividad.

El nuevo proyecto está basado en el libre cambio y con énfasis en el impulso a las exportaciones y a la entrada de capital extranjero, con el resultado de que el motor del desarrollo ya no es el mercado interno, sino el externo. La modernidad económica que se busca “querrá decir en adelante producir cosas y servicios de precio y calidad internacionales”.¹⁵ Para ello se aplicó una reforma económica que, en sus grandes rasgos, se caracterizó por la apertura externa, la desregulación de las actividades productivas, la privatización de la economía, el control de la inflación por la vía de los pactos con los sectores corporativos, el equilibrio en las finanzas públicas, la compresión salarial y el rezago de la paridad cambiaria. Con la puesta en práctica de estas acciones se pretendió sanear la economía; se apuntó que el libre juego de la oferta y la demanda nos haría más competitivos hacia afuera y más justos y soberanos hacia adentro. El ajuste estructural buscaba mejorar la productividad del

¹⁵ Héctor Aguilar Camín, *Después del milagro*, p. 287.

sector público y aumentar la competitividad del sector privado; porque, como explicaba Domingo Cavallo, “muchos de nuestros países tienen una organización económica que en otras oportunidades he descrito como de socialismo sin plan y capitalismo sin mercado”.¹⁶

Desde el poder se enfatizaba que el mundo había cambiado, que la nueva revolución tecnológica y productiva en marcha era inevitable y que, para enfrentarnos con éxito a los nuevos desafíos de la globalización, teníamos que cambiar nuestros hábitos económicos y políticos y reducir la desigualdad social. Pero el cambio estaría matizado por nuestra propia idiosincrasia y nuestra peculiar herencia histórica. Como decía el presidente De la Madrid:

Aspiramos a la modernidad, pero aquella que se funda en los valores y principios que ha consagrado nuestra historia; aquella que se apoya en una economía nacional, productiva, equilibrada y capaz de satisfacer las necesidades básicas de la población; aquella que garantiza derechos y libertades en el marco de un Estado de derecho democrático; a la nueva modernidad de una nación reconocida y respetada por su seriedad y espíritu de trabajo.¹⁷

La reforma del Estado fue gradual y prudente durante su mandato, principalmente en relación con la práctica económica, pero en la política siguió habiendo “carro completo” para el partido oficial.

La “renovación nacional” prometida por don Miguel fue difícil de alcanzar, sobre todo en lo referente al combate a la corrupción, aunque se agradeció su estilo austero de gobernar. Además, tuvo que hacer frente a varios imponderables naturales y financieros que escapaban a su control, como el terremoto que asoló a la ciudad de México en 1985 y la caída de los precios del petróleo un año más tarde. El entorno no era favorable: en la década de los ochenta América Latina se encontró sitiada por el círculo vicioso de las cuatro D: deuda, droga, desarrollo y democracia (Carlos Fuentes *dixit*), y México no fue la excepción. En toda la región se redujo el nivel de vida de la población debido al estancamiento económico

¹⁶ Miguel de la Madrid H. *et al.*, *Cambio estructural en México y en el mundo*, México, FCE-SPP, 1987, p. 31. Este libro recoge los trabajos presentados en el seminario “Modernización económica y cambio estructural: principales tendencias a nivel mundial”, organizado por la Secretaría de Programación y Presupuesto que presidía Carlos Salinas de Gortari; el seminario se llevó a cabo del 25 al 26 de junio de 1987. Cavallo era entonces director del Instituto de Estudios Económicos sobre la Realidad Argentina y Latinoamericana, de la Fundación Mediterránea.

¹⁷ *Ibid.*, p. 14.

y al debilitamiento de la inversión, con la consiguiente caída de la productividad, la inestabilidad de precios, la insuficiente generación de empleos y la excesiva carga de la deuda externa.

A pesar de los problemas de la "década perdida" funcionó la maquinaria tradicional del "dedazo"; el designado fue Carlos Salinas de Gortari, joven tecnócrata doctorado en Harvard e hijo de un ex secretario de Estado que en su momento fue presidenciable. La decisión de Miguel de la Madrid fue acremente cuestionada por la mayoría de la clase política mexicana, enfrascada en una lucha a muerte entre "dinos" y "renos" (dinosaurios y renovadores), lucha que todavía no termina. El ungido —entonces de cuarenta años—, era la cabeza visible de la nueva generación de tecnócratas decididos a modificar la manera tradicional de hacer las cosas en México. Estas prácticas se habían decantado a través de varias décadas de ejercicio y, más bien que mal, sobre todo en vista de los tiempos que corren, habían permitido una envidiable estabilidad política y social, junto a un importante crecimiento económico.

La misma elección presidencial de julio de 1988 estuvo marcada por sospechosos visos de fraude. Si bien es cierto que la legitimidad de la familia revolucionaria no ha derivado tanto de los votos cuanto de la estabilidad política y del crecimiento económico registrado en los tiempos del "milagro", se imponía ahora la exigencia insoslayable de transitar hacia una verdadera democracia que dejara atrás el sistema represivo e incluyente de antaño, como lo reclamaba una sociedad urbanizada, crecientemente escolarizada y portadora de una saludable heterogeneidad, esa sí, moderna. Era urgente transitar de la legitimidad corporativa a la legitimidad electoral, pero el sistema "se cayó".

La "generación del cambio" llegaba con inusitados bríos a incorporar a México al Primer Mundo. La modernización estaría basada en tres acuerdos nacionales: la ampliación de la vida democrática, la recuperación económica con estabilidad de precios y el "mejoramiento productivo del nivel de vida de la población".¹⁸ Empero, el cambio fue principalmente económico, no político ni, mucho menos, social. Como bien lo expresa don Juan Sánchez Navarro, ideólogo y patriarca de la gran burguesía mexicana: "El ejemplo del gobierno de Salinas es impresionante. En el orden económico, genera una revolución de profundidad de la que todavía

¹⁸ Separata del Primer Informe de Gobierno, Carlos Salinas de Gortari, 10. de noviembre de 1989, p. iv.

no somos conscientes del todo. En lo político, por el contrario, se agudiza el poder presidencial autoritario y fuerte'.¹⁹ Esto a pesar de que el cambio económico estuvo acompañado de un discurso que admitía la existencia de una sociedad más crítica, demandante y diversa, y la necesidad de tender nuevos lazos y relaciones entre el Estado y esta nueva realidad social de "irreversible" pluralidad, como lo admitió el delfín. Por otro lado, es lógico que el sistema político no haya cambiado *ex profeso*, ya que estos presidentes se negaron a minar el piso que los sostenía. Sin embargo, las reformas económicas golpearon fuertemente el pacto histórico existente entre el Estado y los trabajadores, campesinos y clases medias; se acabó el populismo dadivoso de antaño, tanto por las crisis recurrentes como por los nuevos dictados económicos.

A pesar de todo, durante el salinato se promulgó, con el apoyo de todos los partidos políticos representados en el Congreso, una nueva ley electoral que daba mayor injerencia a la sociedad en la organización de los comicios; la cuestionada legitimidad del régimen dio lugar a la política de las "concertaciones" con el Partido de Acción Nacional (PAN), el cual afianzó su presencia en todo el territorio nacional,²⁰ mientras que el Partido de la Revolución Democrática (PRD) era ninguneado —y sus militantes masacrados— con la olímpica expresión presidencial de "ni los veo ni los oigo".

Como ha sido costumbre desde 1920, la Revolución Mexicana legitimaba los esfuerzos que la élite modernizadora hacía en pos de un México más justo y democrático. Salinas lo explicó en su discurso de aceptación de la candidatura presidencial: "La política moderna plantea que preservemos todo aquello sin lo cual la Revolución dejaría de serlo, y que incorporemos lo que sea necesario para que la Revolución siga siendo la Revolución Mexicana".²¹

Se recalca que debíamos cambiar para preservar soberanía, identidad y futuro; si no lo hacíamos así, seríamos arrasados irremediablemente:

Tenemos que hacerlo, deliberadamente, frente al exterior, porque de otra manera nos rezagaríamos del gran cambio mundial y pondríamos en riesgo nuestra viabilidad, pero tampoco podríamos internamente enfrentar nuestros

¹⁹ *Proceso* (México), núm. 1025, 24-VI-1996, p. 10.

²⁰ El PAN terminó el sexenio con una cosecha de tres gubernaturas y 107 presidencias municipales.

²¹ Carlos Salinas de Gortari, *Juntos enfrentaremos los retos*, México, PRI, 1988, p. 11.

retos económicos, sociales y políticos, si no promoviéramos activamente el cambio y la transformación de México.²²

El soporte ideológico del proyecto salinista fue el llamado "liberalismo social", que explicitó el anteriormente citado Jesús Reyes Heróles, uno de los más lúcidos ideólogos del Estado mexicano. Se apuntaba que desde el siglo pasado la razón esencial del Estado había sido la promoción de la justicia: "El Estado mexicano, liberal y republicano, federalista, el de la igualdad ante la ley, tuvo que ser también justiciero. Cuando lo olvidó a principios del siglo xx, el pueblo, en revolución, se lo recordó".²³

Durante el sexenio salinista (1988-1994) se renegoció, con bombo y platillo, la deuda externa. Se nos explicó que ya no pendería sobre nuestras cabezas y las de las generaciones futuras como espada de Damocles, además de que dejaría de succionar enormes recursos;²⁴ se atacó con éxito el problema de los déficits presupuestarios y fiscales del sector público, con lo que se logró una razonable estabilidad macroeconómica;²⁵ se abrieron las fronteras con la intención de que la competencia externa incrementara la productividad de las empresas mexicanas, lo que significó una verdadera masacre para muchas de ellas; se adelgazó al Estado a su mínima expresión y se agudizó la desigualdad en la distribución del ingreso.²⁶ Atrás quedaron las tasas de crecimiento históricas; durante estos años se creció a una tasa anual de 3%, superior, no obstante, al crecimiento demográfico, que siguió siendo alto: 2.4% en 1994.²⁷

Si bien es verdad que el anterior modelo de desarrollo ya no tenía salida, pues se medró en un mercado cautivo con productos

²² *Ibid.*, p. 8.

²³ Carlos Salinas de Gortari, Cuarto Informe de Gobierno, 1o. de noviembre de 1992, citado en Andrés Serra Rojas, *Liberalismo social*, México, Porrúa, 1993, p. 519.

²⁴ Actualmente la deuda externa asciende a 165 000 millones de dólares, *La Jornada*, 26-XII-1996.

²⁵ Carlos Salinas de Gortari, Sexto Informe de Gobierno, 1o. de noviembre de 1994. El déficit de las finanzas públicas representó 12.5% como proporción del PIB en 1988; en 1993 dicho porcentaje fue de 0.7%, *La Jornada*, 2-XI-1994, p. 40.

²⁶ Entre los logros del sexenio se encuentra el hecho de que el número de ricos mexicanos, que aparecieron en la revista *Forbes* como parte del selecto grupo de los multimillonarios en dólares, aumentara, de dos, a veinticuatro, *La Jornada*, 2-XI-1994, p. 42.

²⁷ Héctor Aguilar Camín, "México: el choque y el cambio", *Nexos* (México), núm. 214 (octubre de 1995), p. 16.

malos y caros gracias a un excesivo proteccionismo, donde todo o casi todo estaba subsidiado por el Estado, las nuevas medidas fueron aplicadas con una perseverancia digna de mejor causa:

La reforma del viejo modelo fue un desafío global de intereses, inercias e instituciones: una fractura múltiple en los hábitos políticos y económicos del país. También fue una ruptura cultural, una sacudida en el orden de los mitos, las creencias y el nacionalismo de viejo estilo.²⁸

La desregulación económica golpeó los privilegios que los distintos grupos —políticos, sindicales, empresariales— obtenían de la excesiva intermediación estatal; mientras desde las esferas oficiales se alegaba que los ‘‘candados’’ burocráticos y corporativos estorbaban la plena incorporación del país a la globalización económica en marcha. Difícilmente se puede estar en desacuerdo con que se dé la batalla en contra de los liderazgos gangsteriles tipo *La Quina* (Joaquín Hernández Galicia) —cuyo sindicato petrolero significaba una desmedida carga para PEMEX— y de que se saneara la economía a través de la eliminación de lastres que constituían un verdadero barril sin fondo de los recursos públicos. El presidente Salinas alegaba que el anterior modelo se había significado por apoyar a unos cuantos a costa de los más:

Es el caso de la protección excesiva frente a la competencia externa, de la regulación exagerada que crea monopolios y fomenta el abuso, de subsidios indiscriminados en condiciones de escasez. Tales prácticas anacrónicas dividen en dos grupos a los ciudadanos: los pocos que se benefician y los muchos que deben pagar. Inhiben el esfuerzo productivo, favorecen relaciones de privilegio, paralizan la iniciativa de los mexicanos. Por ello, la modernización económica de México está eliminando estas viejas actitudes.²⁹

La soberanía nacional tampoco salió bien librada; la vulnerabilidad ante el exterior se agudizó, a pesar de que ‘‘es el valor supremo más importante para México y el objetivo político decisivo al conducir sus nuevas relaciones con el mundo’’.³⁰ Admitamos que la globalización pone en entredicho el concepto tradicional de soberanía; la revolución en la informática derriba fronteras, modos

²⁸ *Ibid.*, p. 12.

²⁹ Separata del Segundo Informe de Gobierno, Carlos Salinas de Gortari, 10 de noviembre de 1990, p. v.

³⁰ *Ibid.*, p. iii.

de vida, tradiciones, en una manifestación más de la "civilización global" en que vivimos.

Las privatizaciones de empresas públicas se llevaron a cabo con el argumento de que el Estado debía dirigirse a atender a los que menos tienen; que la iniciativa privada estaba mejor capacitada para hacer frente a los nuevos retos de eficiencia y capitalización, además de que los trabajadores tendrían participación en el capital de las nuevas empresas. Lo anterior no quería decir que se abandonaría el papel rector del Estado en la economía, y su vocación justiciera en el aspecto social.

Veamos en qué quedaron tan loables propósitos: en lo que respecta a los bancos —estatizados durante la emergencia de la crisis de 1982— la privatización derivó en un estrepitoso fracaso. La mayoría de las concesiones se otorgaron a empresarios no ligados al sector bancario sino al financiero, concretamente a los dueños de las casas de bolsa, quienes se dedicaron alegremente a especular y a prestar para la compra de bienes de consumo a unas clases medias ávidas de sentirse en la Suecia tropical, como prometía la propaganda oficial: "Por eso luchamos palmo a palmo, como el mejor, por el lugar que nuestro país puede y debe ocupar en el mundo. Queremos que México sea parte del Primer Mundo y no del Tercero".³¹ Para hacer realidad tan legítimo deseo México saltó la Cortina de Nopal y salió a los aires del mundo: se diversificaron las relaciones económicas, especialmente con los nuevos bloques emergentes, se firmaron tratados de libre comercio,³² se ingresó a la Organización para la Cooperación y el Desarrollo (OCDE), México se hizo socio fundador del Banco Europeo de Reconstrucción y Desarrollo (para tener presencia en Europa Central!) y se institucionalizó la Conferencia Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno.³³

Para aminorar el costo social de la entrada a la nueva modernidad se creó el Programa Nacional de Solidaridad (PRONASOL). Este organismo, orgullo del régimen, abarcaba acciones de salud, edu-

³¹ *Ibid.*, p. iv.

³² Se firmaron tratados de libre comercio con Estados Unidos, Canadá, Chile, Costa Rica, Venezuela y Colombia.

³³ Las exportaciones mexicanas pasaron, de poco más de 30 mil millones de dólares en 1988, a casi 52 mil millones en 1993; pero las importaciones aumentaron, de 28 mil millones de dólares en 1988, a 65 mil millones en 1993. Las manufacturas representaron 56% del total en 1988 y en 1994 70%; el petróleo sólo representó 12% del total de las exportaciones, *La Jornada*, 2-XI-1994, p. 40.

cación, alimentación, abasto, servicios, infraestructura de apoyo y proyectos productivos, orientados hacia las capas más pobres de la población: población marginada de las ciudades y comunidades indígenas y campesinas. Se aseguró que ya no se trataba del populismo estatista de antaño, sino de una nueva acción, en donde la corresponsabilidad y la concertación entre la colectividad y el gobierno serían la regla. Así, se canalizaría la ayuda hacia donde más se requería, formándose una especie de "contraloría social". Era una forma novedosa de hacer las cosas: con participación, con organización, "con verdadero sentido democrático". La redención no se dirigía ahora hacia los campesinos —bastante irredentos de por sí— sino hacia los habitantes de las colonias marginales. En ellos veía el flamante mandatario "a los herederos genuinos de aquellos que por la posesión de la tierra hicieron la Revolución Mexicana. Les respondemos hoy como la reforma agraria les respondió a sus abuelos campesinos".³⁴

Las reformas llevadas a cabo por el salinismo hicieron pedazos las tradiciones y costumbres de nuestro pasado inmediato, que estaban sustentadas en el "nacionalismo revolucionario".³⁵ Como sostiene Héctor Aguilar Camín, por vocación y esencia México debía ser laico, agrarista, sindicalista, nacionalista y estatista.³⁶ Desde un principio el salinato empezó a demoler estas tranquilizadoras certezas: se otorgó personalidad jurídica a las Iglesias, actualizando el marco normativo a este respecto, que databa de 1925; se anunció que el reparto de tierra había acabado: ya no era posible seguir con la simulación de este rito revolucionario: "Antes, el camino del reparto fue de justicia; hoy es improductivo y empobrecedor".³⁷ Se otorgó la propiedad de la tierra al campesino y se le permitió aso-

³⁴ Separata del Tercer Informe de Gobierno, Carlos Salinas de Gortari, lo. de noviembre de 1991, p. xxv.

³⁵ En su campaña electoral Miguel de la Madrid lo definía así: "El nacionalismo revolucionario sigue siendo, seguirá siendo por muchos años en México, la guía fundamental del pueblo, hasta que podamos cumplir a plenitud nuestro proyecto nacional: una sociedad plenamente independiente y soberana, una sociedad de hombres libres, una sociedad que tenga a la democracia como un estilo de vida integral, una sociedad en que desaparezcan las grandes desigualdades y las grandes injusticias que son el reto fundamental de nuestro tiempo", *Pensamiento político*, México, PRI, 1982, p. 39.

³⁶ Héctor Aguilar Camín, "México: el choque y el cambio", pp. 18-20.

³⁷ Tercer Informe de Gobierno, p. xxx.

ciarse con empresas mercantiles para hacerla producir; se insistió en que era preciso reconocer la mayoría de edad de la población rural.³⁸

El paraguas corporativo está erosionado, al grado de que el sindicalismo oficial tiene cada vez menos peso y presencia. Con todo, a pesar del altísimo costo social provocado por las reformas económicas y el desafecto de los trabajadores a un pacto que ya no los beneficia, la CTM y la CNC (Confederación Nacional Campesina), junto con lo que queda de la antigua CNOP (Confederación Nacional de Organizaciones Populares), siguen en calidad de "pilares" del sistema político mexicano, hoy en franco declive. A su vez, la luna de miel del salinato con el enemigo histórico devino en la firma del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá; se informó que con el acuerdo se lograrían mejores salarios y empleos para los mexicanos y se regularía e incrementaría la intensa relación comercial que mantenemos con el poderoso vecino. Huelga decir que este país actúa como si el tratado no existiera; los productos que exportamos siguen encontrando trabas en su mercado, a pesar de que no son de gran complejidad tecnológica: escobas de mijo, tomate, aguacate, atún.³⁹

En lo que respecta al Estado, en el sexenio alemanista se consolidaron las bases de la infraestructura material del país y de las industrias básicas, función estatal si la hay, pero posteriormente se incurrió en un decidido intervencionismo que distorsionó las atribuciones naturales de aquél. Durante el sexenio salinista el Estado sufrió una estricta dieta que lo dejó con el mínimo indispensable: PEMEX y CFE⁴⁰ (están pendientes de privatización los ferrocarril-

³⁸ Se aseguró que la situación en el campo era insostenible: "De 1965 a la fecha, la superficie cosechada ha aumentado sólo 12%, y el hato ganadero en 45%, mientras que la población casi se duplicó. La productividad está prácticamente estancada y los subsidios al sector pesan considerablemente en el presupuesto federal", Primer Informe de Gobierno, p. xvii.

³⁹ A dos años nueve meses de la entrada en vigor del tratado, 57% de las industrias manufactureras del país importan más que lo que exportan y el grueso de las exportaciones continúa concentrado en los mismos rubros y empresas que antes de la firma. En el sector agropecuario 70% de las exportaciones sigue concentrado en los cinco rubros tradicionales, Informe del Banco Nacional de Comercio Exterior, de la Asociación Nacional de Importadores y Exportadores de la República Mexicana y del Consejo Nacional de Comercio Exterior, *La Jornada*, 12-X-1996, pp. 46 y 56. Estos organismos consideran que el crecimiento de las exportaciones se ha debido más a la competitividad del peso frente al dólar que al tratado de marras.

⁴⁰ Se desincorporaron 415 empresas, las que representaban 67% del total, *La Jornada*, 2-XI-1994, p. 40.

les, los puertos, los aeropuertos y la petroquímica). Se argumentó que era necesario quitarle grasa para poder dedicar sus renovadas energías en satisfacer las necesidades de quienes menos tienen:

Era inaceptable un Estado con tantas propiedades frente a un pueblo con tantas necesidades. El Estado excesivamente propietario debilitaba la salud de la economía, la atención política, el ánimo de la gente, la defensa efectiva del país en el exterior. Por eso, el Estado solidario, cuyo objetivo es el de la justicia, no ampara proteccionismos ni privilegios oligopólicos, pero regula mejor; no posee, sino conduce, no sustituye, sino orienta.⁴¹

Es de todos conocido el estrepitoso derrumbe de la estrategia modernizadora de apellido “neoliberal”: en un solo día, el 19 de diciembre de 1994, se hicieron añicos las conquistas económicas alcanzadas y las expectativas de una sociedad encandilada con las promesas de sus doctorados gobernantes. El mismo Salinas ha aceptado que en los dos últimos años de su mandato se cometieron errores económicos, como la sobrevaluación del peso —el cual no fue ajustado por motivos electorales— y la entrada masiva de *hot money*, el cual financió el déficit en la balanza comercial. En su último informe presidencial, el 10. de noviembre de 1994, indicó a la nación que la reforma económica había hecho posible la baja de la inflación y el equilibrio presupuestal, mientras que la adecuada paridad cambiaria había impulsado las exportaciones manufactureras; por lo tanto, la corrección estructural de los desequilibrios monetarios y fiscales daban solidez y permanencia a la recuperación en marcha. En esta ocasión Salinas admitió que por la reforma del Estado

se pagaron costos elevados equivalentes a su profundidad. No obstante, no fue una reforma que buscara resultados inmediatos para la próxima elección, sino resultados duraderos para la próxima generación. Sabíamos que al cambiar corríamos riesgos, que al tocar intereses creados durante decenios habría una fuerte reacción, pero si no hubiéramos cambiado México no alcanzaría la viabilidad económica y política que hoy tiene.⁴²

Afirma la Confederación Patronal de la República Mexicana (COPARMEX), que las causas de la crisis fueron la extrema depen-

⁴¹ Segundo Informe de Gobierno, p. v.

⁴² Carlos Salinas de Gortari, *La Jornada*, 2-XI-1994, p. 10.

dencia de la inversión externa de corto plazo,⁴³ la falta de ahorro interno, la fragilidad del sistema financiero en su conjunto y la ausencia de un programa de gasto fiscal ‘‘austero y transparente’’, factores que se unieron a la carencia de un orden democrático abierto y moderno, y de una administración pública honrada y eficiente.⁴⁴ En diciembre de 1994 la economía mexicana reveló, una vez más, su ‘‘fragilidad externa’’; es la primera crisis del modelo aplicado a partir de 1982. Casi todo mundo acepta que las medidas correctivas eran necesarias para volver a crecer, pero que urgía atender el mercado interno y mejorar la distribución del ingreso. A la fecha, los éxitos macroeconómicos todavía no bajan al bolsillo microeconómico de la gente.

Desde el mismo partido oficial y del sector gubernamental han venido las críticas a la estrategia aplicada. Por ejemplo, Francisco Suárez Dávila, insólito caso de un ex subsecretario de Hacienda y Crédito Público que ahora dirige la Comisión de Hacienda de la Cámara de Diputados, alertó que nuestras políticas no debían subordinarse a la ‘‘ortodoxia del FMI’’ y aplicarse dogmáticamente, como había sucedido en los últimos años:

Se ha privilegiado por encima de todo la lucha por el abatimiento de la inflación; se ha entronizado el equilibrio o superávit fiscal; se ha privilegiado lo financiero sobre lo productivo y se ha considerado que la globalización es la maestra y no la servidora. Estamos al servicio de la globalización, no la globalización a nuestro servicio.⁴⁵

Pero no nos sintamos engañados; si el derrumbe tomó por sorpresa a los tiburones de Wall Street, al grado de que la Casa Blanca tuvo que armar un paquete de ayuda para salvarlos del naufragio,⁴⁶

⁴³ Según Informe del Banco de México, de 1989 a 1994 México recibió 95 184 millones de dólares como inversión extranjera, de los cuales más de dos terceras partes, 71 999 millones, se dirigieron a la Bolsa de Valores, *La Jornada*, 23-I-1995, p. 42.

⁴⁴ *La Jornada*, 16-XII-1996.

⁴⁵ Francisco Suárez Dávila es hijo de Eduardo Suárez, titular de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público durante los gobiernos de Lázaro Cárdenas (1934-1940) y Manuel Ávila Camacho (1940-1946), *La Jornada*, 15-X-1996, p. 52.

⁴⁶ En su mensaje a la nación, en enero de 1995, el presidente William Clinton dijo a sus compatriotas: ‘‘Sé que no es muy popular decirlo esta noche, pero tenemos que actuar. Y actuar no para el bien del pueblo mexicano, sino para beneficio de los millones de estadounidenses cuyos ingresos están relacionados con el bienestar de México’’, *La Jornada*, 25-I-1995.

que no nos tomara a nosotros (a cambio del rescate se dieron como garantía los ingresos petroleros mexicanos). Es cierto que el salinato pecó de soberbia y se creyó portador de un destino manifiesto:

Un México más fuerte y unido significa que a lo largo de estos cinco años, hemos fortalecido la soberanía de nuestra patria. Y al alcanzarlo, confirmamos que somos la generación del cambio; del cambio hacia adelante, hacia nuevos horizontes, con más promisorias perspectivas, con esperanza, orgullosos de nuestro pasado y la mirada puesta en el porvenir.⁴⁷

Durante este sexenio se creció poco y mal;⁴⁸ por privilegiar las exportaciones se olvidó el mercado interno; se agudizó la concentración del ingreso⁴⁹ y el desempleo alcanzó niveles dramáticos (la divisa de la globalización es hacer más con menos). Se destruyó una planta productiva que había costado mucho trabajo construir; la corrupción campeó por sus fueros y se regatearon triunfos electorales a la oposición. A lo anterior hay que agregar la desnacionalización en marcha del sistema bancario y financiero ---cuya relativa puesta a flote los dos últimos años fue sufragada por los contribuyentes---, los tres magnicidios⁵⁰ y la revuelta en Chiapas, acotada, no solucionada. Nuestra principal ventaja comparativa es nuestra mayor afrenta: la mano de obra en virtuales condiciones de subsistencia.

En la actualidad sigue aplicándose la misma receta que casi mata al enfermo; pero no temamos al futuro: el diagnóstico actual de América Latina es "positivo y esperanzador" pues "ya pagamos el costo y corregimos el rumbo". Por lo tanto, no hay que efectuar "juicios prematuros" sobre la nueva estrategia. Por ningún motivo deben retomarse prácticas y modelos anteriores "que dieron en su momento un impulso temporal y artificial a nuestras economías,

⁴⁷ Citado por Carlos Monsiváis, "El neoliberalismo (o la religión del mercado libre), psicodrama con un final terriblemente real", *Proceso* (México), núm. 1002, 15-I-1996, p. 11.

⁴⁸ La crisis no fue "una interrupción desafortunada de un vigoroso proceso de crecimiento en marcha. Fue más bien el desenlace de una trayectoria insostenible de lento crecimiento con expansión acelerada de los pasivos externos del país, en la que la economía se encontraba mucho antes de 1994", Jaime Ros, "Después de la crisis", *Nexos* (México), núm. 226 (octubre 1996), p. 72.

⁴⁹ En 1981 la remuneración al trabajo dentro del PIB alcanzaba 38%, ahora es de 25%, Pablo Latapí Sarré, "El hambre llega a la escuela", *Proceso*, núm. 1025, 24-VI-1996, p. 38.

⁵⁰ Los asesinatos del cardenal Juan Jesús Posadas Ocampo, Luis Donaldo Coloso y José Francisco Ruiz Massieu.

pero que hoy las sumirían en el caos y nos dejarían al margen del avance económico", como asegura José Ángel Gurría, presidente de los economistas egresados de la Universidad Nacional Autónoma de México, y actual canciller.⁵¹

Sin embargo, evitemos caer en el linchamiento moral que se desató a partir del fatídico diciembre y, sobre todo, desde marzo de 1995, cuando Carlos Salinas decidió hacer una huelga de hambre, la que duró siete horas, saliendo posteriormente al exilio. Reconozcamos que no toda la culpa es de él y de su equipo: el sistema financiero mundial es el que actualmente lleva la batuta, no el capital productivo; no se encuentra reglamentado y los chicos de las bolsas de valores de Nueva York, Frankfurt, Londres o Tokio pueden, si se lo proponen, acabar con un país en unas horas. Véase si no las turbulencias desatadas en todos los "mercados emergentes", como se llama ahora a nuestras economías en proceso de convertirse en maquiladoras, por el "efecto tequila". Tampoco caigamos en las posiciones extremas, como la expresada por John Womack Jr., quien aseguró que "él (Salinas) es probablemente el más eficiente, importante y valioso presidente; sobre todo considerando los problemas que ha tenido que enfrentar México en los últimos cincuenta años".⁵²

En todo caso, aceptadas las correcciones a un proyecto de desarrollo que, si bien es cierto sentó las bases del México moderno, resultaba insuficiente y, sobre todo, oneroso para seguir creciendo en un contexto de viabilidad económica y con plena integración al mercado mundial, surge la legítima duda de si el nuevo programa acortará la brecha que separa a ricos y pobres, ya no digamos en México, sino en todo el planeta. Las inconformidades sociales surgen por doquier; el mismo Banco Mundial, en su informe anual correspondiente a 1995, admite que el mejoramiento de la distribución real del ingreso y la reducción de la pobreza "no pueden dejarse al efecto de *filtración* del crecimiento económico".⁵³ Qué bien que se reconozca que el mercado, el nuevo fetiche moderno, si bien es cierto que es "el mejor distribuidor de recursos, es el peor repartidor de beneficios".⁵⁴

Para documentar nuestro optimismo traigamos a colación las afirmaciones de Carlos Fuentes, quien asegura que la sociedad la-

⁵¹ *La Jornada*, 15-X-1996.

⁵² *Proceso*, núm. 1025, 24-VI-1996, p. 7.

⁵³ *La Jornada*, 24-IX-1995, p. 1.

⁵⁴ Jorge Alcocer, "Estrangulamiento", *Proceso*, núm. 1025, 24-VI-1996, p. 41.

tinoamericana de nuestros días está convirtiéndose en la protagonista de su propia historia; pero advierte que, sin la incorporación de las grandes mayorías al desarrollo, todo esfuerzo será inútil. Las frágiles instituciones políticas de nuestra región

necesitan adaptarse urgentemente a las exigencias sociales, no sólo a la racionalidad tecnocrática. Los Estados democráticos en la América Latina están desafiados a hacer algo que hasta ahora sólo se esperaba de las revoluciones: alcanzar el desarrollo económico junto con la democracia y la justicia social. Durante los pasados quinientos años, la medida de nuestros fracasos ha sido la incapacidad para lograr esto. La oportunidad de hacerlo a partir de hoy es nuestra única esperanza.⁵⁵

⁵⁵ Carlos Fuentes, *El espejo enterrado*, México, FCE, 1993, p. 388.